

## Reseña literaria

### Shlomo Sand y la cuestión de Israel

por Dionisio Byler

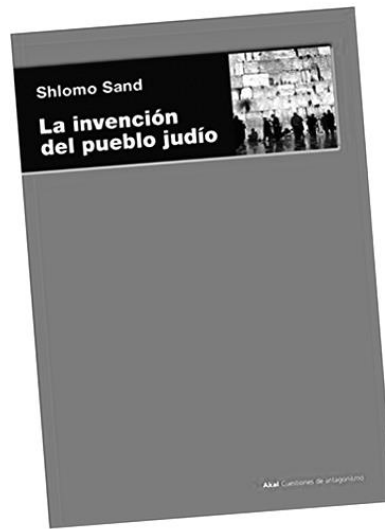
Shlomo Sand, **La invención del pueblo judío** (Tres Cantos: Ediciones Akal, 2011), traducción de J. A. Amoroto Salido (original hebreo); 350 pp.

Shlomo Sand, **La invención de la Tierra de Israel** (Tres Cantos: Ediciones Akal, 2013), traducción de J. A. Amoroto S. (original hebreo); 286 pp.

A veces tropiezo con libros y autores que no me explico cómo es que no los conocía antes, porque coinciden tanto con cuestiones que me resultan especialmente interesantes. Este verano he descubierto a Shlomo Sand. Sand es un historiador israelí, profesor en la Universidad de Tel Aviv, que también ha enseñado en París (donde hizo su doctorado) y en la Universidad de California en Berkeley. Nació en Austria, de padres sobrevivientes del Holocausto; su familia emigró a Israel en 1948 y Sand participó como soldado israelí en la Guerra de los Seis Días (1967).

El primer libro, *La invención del pueblo judío*, empieza con algunas anécdotas personales de Sand y de otras personas, donde explica cómo se vive la relación paradójica y problemática entre la ciudadanía israelí y la religión judía.

Cualquier judío de cualquier parte del mundo tiene ciudadanía automática con solamente presentarse y solicitarla, porque al ser hijo de madre judía es ipso facto miembro de la «raza» que constituye el estado de Israel. A la



vez, la pretensión de democracia choca frontalmente con la presencia en el país de una proporción importante de personas de otras «razas», a quienes hay que concederles también la ciudadanía (aunque a regañadientes y con limitaciones severas a su participación cívica).

No se trata solamente de la presencia de los árabes. Por motivos de necesidad política, se ha venido a aceptar que sean los rabinos —es decir, los portavoces autorizados de la *religión*— los que determinan quién puede considerarse judío de nacimiento —con efectos *civiles*—. Entonces cualquiera que descienda de padre judío pero no madre judía, puede ser ciudadano israelí si ha nacido allí; pero en su carné de identidad no figura como «judío» sino como «israelí» —y por tanto sus derechos se verán limitados.

El resultado, como señala repetidamente Sand, a lo que más se asemeja es a la forma de segregación racial de la población que se imponía por ley en Sudáfrica bajo el régimen de apartheid.

Sand dice claramente hacia el final del libro, que Israel tendrá que decidir entre ser un país judío y ser un país democrático. La pretensión de ser ambas cosas a la vez, opina, genera una contradicción irremediable. Israel se presenta al mundo como «la única democracia de la región», porque permite a los «árabes» (y demás ciudadanos israelíes no judíos) ejercer el voto. Pero son tan extremas y severas las limitaciones legales para constituir un partido político, o para un individuo presentarse a elecciones o ejercer su representación democrática si es elegido en las urnas, que la presunta democracia israelí resulta ser una parodia. No lo digo yo, naturalmente, que jamás en la vida he estado en Israel, sino que lo dice Sand, que ha combatido como israelí y ejerce como profesor de historia en una universidad israelí.

#### Reinos judíos hasta la Edad Media

Para mí una de las partes más interesantes del libro fue el capítulo sobre los diferentes reinos judíos a lo largo de la historia, en diferentes lugares.

#### También en este número:

El culto verdadero y la justicia	4
La promesa de la serpiente	5
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: parusía	8



Shlomo Sand

Tenía conocimiento, por ejemplo, de la existencia de judíos yemeníes de piel oscura, cuya llegada a Israel despertó una honda oleada de rechazo racista. Lo que yo no sabía es que esos judíos descienden del reino judío árabe de Himyar (conocido por algunos de sus contemporáneas como *Arabia Felix*, «Arabia feliz») en lo que es hoy Yemen, desde el último cuarto del siglo IV d.C. hasta el primer cuarto del siglo VI.

Otro ejemplo es el reino de los jázaros judíos en el Cáucaso. Los jázaros fueron una nación importante —quizá tanto como un imperio durante algunos años— a lo largo de la Edad Media, que trataron continuamente con los bizantinos y los armenios y con el califato abasí. Su conversión al judaísmo está muy bien documentada. El reino consta inequívocamente como judío a partir del siglo VIII d.C. y durante entre dos y cuatro siglos, según qué investigador. El interés principal que siempre han tenido para mí los jázaros, es que se supone que serían los antepasados de la mayoría de los judíos europeos; concretamente, los de Europa oriental.

Entre tanto, como también relata este libro detalladamente, a través de los siglos siempre se ha sabido que la victoria de los romanos contra los distintos alzamientos judíos entre los años 60 y 132 d.C. —cuando Roma pasó a designar la provincia ya no como Judea sino como Palestina— no supuso la desaparición de los judíos nativos del lugar. Siguieron convi-

viendo allí durante siglos los que aceptaron que Jesús fuera el Mesías y los que lo negaban. Bien es cierto que a partir de la adopción del cristianismo como religión oficial del Imperio Romano, los que negaban que Jesús fuera el Mesías lo pasaron a veces bastante mal. Pero no se fueron. Se quedaron ahí, labrando las tierras de sus antepasados, como venían haciendo desde siempre.

Esa población autóctona también permaneció allí cuando el islam echó a los bizantinos de Jerusalén y Palestina. Muchos —seguramente la mayoría— de esos cristianos y judíos adoptaron la religión islámica. También es cierto que siempre fue posible mantener una presencia judía y cristiana en todos los territorios gobernados por el islam.

Donde gobernaban los cristianos y los musulmanes, ya no era posible promover activamente la conversión al judaísmo. Las conversiones explican la expansión sorprendente y rápida del judaísmo en los últimos siglos antes de Cristo y mientras el Imperio Romano siguió siendo pagano. (Recuérdese los numerosos «prosélitos» que encontraba Pablo en todas las ciudades que visitaba, según Hechos.) Pero ni en territorio cristiano ni en territorio islámico pudieron surgir ya fenómenos como *Arabia Felix* o el reino judío bereber; aunque sí entre las tribus paganas del Cáucaso —el caso de los jázaros—.

### El verdadero Israel

Esto empalma con una observación que siempre me ha parecido interesante en los relatos del Antiguo Testamento. Hay allí una mezcla curiosa de apología de pureza racial descendida de Abrahán, Isaac y Jacob, con numerosos relatos donde vemos la mezcla continua entre «iraquíes» (tierra de origen de Abrahán), egipcios y cananeos, para constituir entre todos ellos los «hijos de Israel». Digamos que algunos textos del Antiguo Testamento predicán la pureza racial. Mientras que otros textos cuentan que nunca fue en absoluto así, sino que el verdadero Israel, el pueblo del Pacto con el Señor, se constituye sobre la base de la fe y de la fidelidad al Señor, no por genética.

Esta cuestión: quién constituye exactamente el verdadero Israel, es una que reconoce también cualquier persona que conozca el Nuevo Testamento. La teología tradicional cristiana, sostenida universalmente por los cristianos a lo largo de los siglos hasta mediados del siglo XIX, era que los que aceptaban al Mesías judío Jesús, adoptaban también la fe de Israel —aunque sin circuncisión de la carne (pero sí del corazón)— y eran así constituidos descendientes de Abrahán. Esta convicción es problemática siempre que rechace como ilegítima esa otra rama de la «familia», que son los judíos que no aceptan al Mesías Jesús, un rechazo conocido como «superesionesismo».

Ellos, según sus luces, han seguido siempre fieles a la fe de Moisés; más fieles, según cómo se vea, por cuanto conservan muchos de los tabúes y las reglas externas que figuran en el texto bíblico. Ellos, además, como hemos visto, también han «evangelizado» vigorosamente en aquellos lugares y siglos cuando han podido, de manera que constituyen —igual que los cristianos— una religión compuesta de personas cuyos antepasados se vienen mezclando desde siempre con gentes de Asia, África y Europa.

De ahí el título de «La invención» del pueblo judío, que es lo que Sand considera que fue el proceso por el que los judíos pudieron alegar ser un «pueblo», una nación, una «raza» bíblica, con derecho a su propio territorio nacional, su propio país.

Sand considera que esto no es en ningún caso un «regreso». Si acaso, los descendientes de sangre más lineales serían la propia población palestina que vienen viviendo ahí desde siempre. Pero había que encontrarles a los judíos europeos cabida en Palestina. Ningún país europeo los quería, porque como los gitanos, no se dejaban asimilar; y en Estados Unidos también empezaron a cerrarles las puertas a la inmigración. Hubo que inventarse entonces que el judaísmo —una de las tres religiones monoteístas— más que una religión fuera en realidad un «pueblo» equiparable a los alemanes o los italianos, y por consiguiente, merecedores de tener su propio país.

De ahí que sin caer en la ironía que supone, los defensores del sionismo acabaron recurriendo a argumentos más o menos equiparables a los que empleaba el antisemitismo, para alegar que era imposible hallar para ellos encaje en Europa. El antisemitismo lo empleó como justificación de intentos de exterminio. El sionismo lo ha empleado como justificación para hacerse con la tierra de Palestina.

**Jerusalén y la Tierra Santa**

Todo esto nos trae al segundo libro —*La invención de la Tierra de Israel*— donde Sand trata en particular de la relación histórica de los judíos con Jerusalén y con la «Tierra Santa». Los rabinos de la religión tradicional judía siempre han creído que el «regreso» a la tierra prometida era algo que solamente Dios mismo podía impulsar. Hay advertencias y anatemas rabínicos a lo largo de los siglos, contra los judíos que se sintieran tentados a regresar a Jerusalén antes de la llegada del Mesías. Era impío pretender forzar la mano a Dios, intentar acelerar los tiempos determinados en su divina soberanía.

La celebración de la Pascua judía cierra con las palabras de fe: «El año que viene en Jerusalén», pero no como aspiración humana, como proyecto político, sino como expresión del anhelo de redención. Es lo mismo que decir: ¡Ojalá este año venga el Mesías! Era una aspiración espiritual; y la Jerusalén a la que aspiraban a ascender «este año», era la Jerusalén celestial descendida a la tierra.

**Si el proyecto sionista prosperó al final, fue entre otras cosas por la influencia que ejerció sobre algunos políticos británicos el sionismo cristiano.**

Cuando algunos judíos europeos empezaron a soñar con establecer su propio país, encontraron apoyo de parte de algunos políticos británicos, que veían en ello la oportunidad de quitarse de encima a los judíos. Y quienes se opusieron con fuerza y energía al proyecto sionista fueron los rabinos. Los judíos practicantes, los que seguían fieles a sus milenarias tradiciones religiosas, estaban hondamente escandalizados ante la idea de «regresar» a Jerusalén como proyecto político, humano, sin que fuera el Mesías el que lo trajera.

Si el proyecto sionista prosperó al final, fue por una mezcla de circunstancias. Entre ellas, el hecho de que en Inglaterra, más o menos a la vez que empezaba a formarse el sueño sionista entre algunos judíos secularizados, surgiera el «sionismo cristiano» entre los evangélicos.

Algunos predicadores intentaban hallar respuesta a la demora del regreso de Cristo. Elaboraron una teoría con textos cogidos de aquí y de allá, mezclando géneros literarios bíblicos a placer, interpretando ora «literalmente», ora con fantasía

diferentes versículos, hasta alcanzar por fin la «solución» a por qué Cristo tardaba tanto en volver: Resulta, según sostenían, que los judíos tenían que establecerse primero en la tierra de sus antepasados. Entonces se convertirían todos al cristianismo (y así «todo Israel será salvo»); y cuando por fin ya no quedasen judíos en la tierra (por haber aceptado todos a Cristo), entonces sí que podría volver Jesús.

Fue crucial el impacto que tuvo esto en algunos políticos británicos, que empezaron a promocionar la emigración y el asentamiento de judíos en Palestina. Algunos de esos políticos parece ser que eran creyentes convencidos de los postulados de este «sionismo cristiano»; otros probablemente se excusaron en la religión para desplazar a Palestina el «problema» europeo de una población que consideraban indeseable.

La revolución teológica que supuso el auge del sionismo cristiano es más o menos parecida a la revolución teológica que trajo el sionismo al judaísmo rabínico tradicional. De considerar blasfema la idea de que una migración humana pudiera provocar la llegada del Mesías, unos y otros han pasado ahora a considerar que es la condición sine qua non para que por fin nos venga el Salvador.

Ahora son los israelíes religiosos ultraconservadores los más fanáticos a favor de la expansión de asentamientos en los territorios ocupados —que consideran ser parte de la Tierra Prometida bíblica—. Entre tanto, a pesar del sufrimiento y la inseguridad ciudadana que genera entre israelíes y palestinos por igual, muchos cristianos sionistas apoyan ese extremismo con fervor religioso.

Sand es israelí. No es concebible ni para él ni para nadie racional, una vuelta atrás donde desapareciera Israel y sólo quedara Palestina. Con la enemistad y el odio encendido que ha despertado Israel en todo el Oriente Próximo y Medio, que Israel perdiera el control de la situación derivaría en la peor pesadilla humanitaria imaginable. ¡Dios mío, este mundo no necesita que los judíos vuelvan a sufrir otra masacre de proporciones

**El avance territorial de Israel entre 1946 y 2008**



históricas! Por otra parte, Israel dispone de armamento nuclear y lo usaría antes de padecer ese fin. Así que lo que conviene a todas las partes es dejar de lado estos extremismos inaceptables provocados por la religión y el nacionalismo, y buscar formas de convivencia pacífica basadas en derechos humanos.

### Conclusión

Shlomo Sand es un autor extraordinariamente controvertido en su país —todo hay que decirlo— pero los datos que maneja me parecen dignos de consideración. No parece ser religioso (hasta puede que sea ateo, no lo sé). Pero su análisis de la historia del sionismo pone de manifiesto dos errores en la interpretación bíblica, que afectan la bondad, la justicia y la soberanía de Dios:

1. Los inmigrantes colonizadores en Palestina/Israel del siglo pasado no están cumpliendo las promesas de Dios. Según la Biblia, el «verdadero Israel» no puede excluir a los judíos, por supuesto, pero tampoco a los cristianos. Mientras que los palestinos de hoy descienden de la población judía del lugar en tiempos bíblicos (aunque la mayoría sean hoy musulmanes). No es razonable, entonces, interpretar las promesas bíblicas como lo hace el nacionalismo sionista.
2. No hay ningún indicio en la Biblia de que el regreso de Cristo —o desde el punto de vista judío la llegada del Mesías— sea algo que aguarda a que lo provoquemos los seres humanos mediante migraciones, colonialismo, y la marginación de gentes autóctonas de ningún lugar del mundo. La doctrina cristiana coincide perfectamente con el asesoramiento inicial del sionismo por parte de los rabinos: Es impío pretender adelantar con iniciativas humanas, los tiempos que dispone Dios en su divina soberanía.

## El culto verdadero incluye justicia

por J. Nelson Kraybill [peace-pilgrim.com]

Protegido por un vidrio grueso, un candelabro *menorá* de metro y medio de alto, de oro macizo de 24 quilates, se encuentra erigido en el patio que da a la Muralla Occidental y el lugar del antiguo templo de Jerusalén. El candelabro está preparado para ser usado en un teórico Tercer Templo sobre parte del Monte Templario (o «Santuario Noble») donde ahora se encuentra la Cúpula de la Roca.

El Primer Templo, construido por Salomón, fue destruido por los ejércitos babilonios en el 586 a.C. Al regresar Esdras y otros exiliados, construyeron el Segundo Templo unas pocas generaciones después; y Herodes el Grande amplió fabulosamente esa estructura en tiempos de Jesús. Ese templo magnífico fue reducido a escombros con la caída de Jerusalén ante las legiones romanas al final del Alzamiento Judío (66-70 d.C.).

Ambos templos tenían un candelabro de siete ramas hecho de oro puro: «Harás un candelabro de oro puro modelado a martillo. [...] Seis brazos saldrán de sus lados: tres brazos del candelabro de un lado, y tres brazos del candelabro del otro lado» (Éxodo 25,31-32).

Los ejércitos de Babilonia se llevaron a cautividad los candelabros del Primer Templo (Jer 52,19), pero es posible que regresaran a Jerusalén cuando volvieron los judíos exiliados (Esd 1,7-11). Los soldados romanos se llevaron la *menorá* del Segundo Templo a Italia. El antiguo Arco de Tito en Roma muestra hasta el día de hoy cómo se exhibió el candelabro en la procesión triunfal.

La *menorá* que se puede ver en Jerusalén es hermosa. Pero inquietante. Los musulmanes tienen inmenso apego al santuario de la Cúpula de la Roca en el Monte Templario porque cubre la roca del monte desde la que ascendió Mahoma al cielo. Esa misma roca probablemente se encontraba en los templos de Salomón y de Esdras. Construir un Tercer Templo supondría seguramente destruir el santuario de la



Cúpula de la Roca, uno de los lugares más sagrados del islam.

Me fascinan los utensilios del templo que fabrican artesanos modernos siguiendo las especificaciones de la Torá. Pero como seguidor de la Luz del mundo, no puedo apoyar ningún proyecto que fuera a destruir un santuario de otra confesión. Tampoco acepto la creencia de algunos cristianos, de que el templo de Jerusalén tiene que construirse forzosamente antes del regreso de Cristo.

Cuando Jesús se encontró donde el pozo de Jacob en una conversación sobre la importancia del lugar de culto, dijo: «La hora está cerca cuando no adoraréis al Padre ni en esta montaña ni en Jerusalén. [...] Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (Jn 4,23-24). La Luz que nos trae Jesús incluye el respeto de las personas de otras culturas y religiones.

El culto verdadero incluye justicia.

J. Nelson Kraybill es el presidente del Congreso Mundial Menonita y autor de *Apocalipsis y lealtad* (Ediciones Biblioteca Menno, 2016).

# La promesa de la serpiente

por Antonio González

En el texto del Génesis sobre la «caída» de Adán y Eva, encontramos el famoso diálogo de Eva con la serpiente. Allí la serpiente insinúa que Dios ha engañado a sus criaturas: «Dios sabe que el día que comáis de él —el árbol que estaba en medio del jardín—, vuestros ojos serán abiertos, y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal» (Gn 3,5). El presunto engaño de Dios incluye una promesa: la promesa de que los ojos se abrirán, y conoceremos el bien y el mal. Podemos poner esta frase como una promesa presente, y futura, dirigida no sólo a Adán y Eva, sino también a nosotros. En definitiva, «Adán» significa el ser humano, todo ser humano, con independencia de diferencias de género y tiempo. Adán somos todos nosotros. La experiencia nos lo confirma cada vez que creemos a las criaturas, en lugar de creer al Creador.

La promesa de la serpiente es atractiva de un modo obvio: ¿A quién no le agradaría ser como Dios? Sin embargo, cuando se piensa en ser como Dios, muchas imágenes pueden venir a nuestra mente: el poder de Dios, la inmortalidad de Dios, la bondad de Dios, la inteligencia de Dios, la santidad de Dios, etc. Se podría pensar que no todo parece estar tan mal en parecerse a Dios. Jesús nos exhorta a ser perfectos, como el Padre lo es (Mt 5,48). Por otra parte, hay dimensiones en las que sin duda no podemos parecernos a Dios, por más que quisiéramos. No podemos ser, por

ejemplo, creadores de universos. Ni tampoco parece que esa fuera la tentación de Adán y de Eva.

De hecho, las palabras de la serpiente hablan de una dirección concreta del «ser como Dios»: conocer el bien y el mal. Pareciera que la tentación va precisamente en una línea muy concreta. No es la línea de ser creadores, ni la línea de ser perfectos. Lo que la serpiente promete es conocimiento. Y esto no deja de ser digno de pensar. ¿Será que Dios no quiere que conozcamos? ¿Es su deseo mantenernos en la ignorancia? ¿Será que, desde el punto de vista de Dios, todo conocimiento está unido al orgullo humano?

No es fácil responder a esta pregunta.

Por una parte, Dios claramente nos ha dado la capacidad de conocer el universo, desvelando progresivamente sus misterios. ¿No es el conocimiento del mundo un motivo para alabar a Dios por todo lo que ha hecho, y por la hermosura de lo que ha hecho? Por otra parte, no cabe duda que, al conocer, fácilmente nos ensoberbecemos, y nos consideramos de alguna manera por encima de los demás, independientes de Dios.

En cualquier caso, el texto añade algo más. No habla del conocimiento en general, sino del conocimiento del bien y del mal. Podríamos decir entonces que tal vez el problema está en el conocimiento práctico. A veces

## La promesa de la serpiente es atractiva de un modo obvio: ¿A quién no le agradaría ser como Dios?

se ha visto de esta manera el pecado de Adán y Eva. De lo que se trataría, en la promesa de la serpiente, es de poder decidir por nuestra cuenta qué es el bien y el mal, con independencia de los mandatos de Dios. A veces se habla del problema de la «moral autónoma», en la que el ser humano decidiría por sí mismo qué es bueno y qué es malo. Frente a eso, lo único que habría que hacer para llevar una vida moral sería cumplir con los mandamientos de Dios. No lo que uno piensa que está bien, sino lo que Dios ha ordenado.

Las cosas no son tan sencillas. En la carta a los Romanos se indica que los gentiles tienen la ley de Dios escrita en su corazón (Ro 2,14-15). El texto no habla de los judíos, sino de los que no conocen la Ley. Es decir, parece que el ser humano estaría capacitado por Dios para conocer sus mandatos de una manera autónoma, con independencia de su revelación. Frente a aquello que afirma Iván Karamázov en la famosa novela de Dostoyevsky, desde el punto de vista bíblico no se podría sostener que «si Dios no existe, todo está permitido». El ser humano podría conocer la ley de Dios, incluso si no conociera de la existencia de Dios. En realidad, a veces nos excusamos en el desconocimiento de nuestras obligaciones para no cumplirlas: «... es que no lo sabía».

Ahí es importante no olvidar la reprensión de Jesús: «¡Hipócritas! Sabéis interpretar el aspecto del cielo y de la tierra, ¿y cómo no sabéis interpretar este tiempo? ¿Por qué no juzgáis vosotros mismos lo que es justo?» (Lc 12,56-57).





Pero entonces, ¿dónde está el problema de la promesa de la serpiente? Tal vez lo primero que hay que decir es que estamos ante un engaño sutil y poderoso. El ser humano ya era semejante a Dios. Había sido creado a su imagen y semejanza (Gn 1,26). No tenía que hacer nada para ser imagen y semejanza de Dios, porque ya lo era. Tampoco tenía que hacer nada para conocer el bien y el mal, porque podía conocerlos, porque Dios había escrito la Ley en su corazón, mucho antes que esa Ley fuera proclamada en el Sinaí. De hecho, el árbol del conocimiento del bien y del mal no estaba oculto en el fondo de los mares (como el árbol de la vida en el mito sumerio de Gilgamesh), sino que Dios lo había situado a la vista de la humanidad, en medio del jardín.

De hecho, el ser humano, a imagen de Dios, está unido al Bien originario, que es Dios mismo, y que es el que declara la bondad de todas las cosas, porque son queridas por Él. La imagen de Dios, que dice lo que somos, nos capacita para conocer al Bien

---

**Comer de ese árbol significa creer a la serpiente, en lugar del Creador. Significa mirar a las cosas, en lugar de mirar a nuestro origen.**

primero, y para discernir el bien y el mal, lo justo y lo injusto. Pero entonces, ¿por qué esa catástrofe al comer de los frutos del árbol del conocimiento del bien y del mal?

Comer de ese árbol significa creer a la serpiente, en lugar del Creador. Significa mirar a las cosas, en lugar de mirar a nuestro origen. De hecho, al comer del árbol, olvidamos quiénes somos, y olvidamos el discernimiento que Dios nos ha dado, para pensar que nosotros mismos, o las criaturas mismas, somos el origen de lo que somos, y el origen de lo que sabemos. El comer del árbol significa una apropiación de algo que no es nuestro, sino que hemos recibido, y que en nuestra ingenuidad creemos que lo hemos conquistado. Comer del árbol es una especie de sueño, o de olvido, donde perdemos nuestro contacto primero con la Vida de Dios, y con sus dones. Comer del árbol significa renunciar al regalo de Dios, para convertirlo en nuestro logro, en nuestra fama, en nuestro mérito, en nuestro éxito.

Comer del árbol significa también querer comer de algo que nunca fue diseñado para ser nuestro alimento. Si el alimento simboliza aquello que sostiene nuestra vida, nuestra vida tendría que ser sustentada por Dios mismo, y no por nuestros méritos. Todos los árboles eran un regalo. Nuestro mismo ser, injertado en la vida de Dios, era un regalo. Al comer del árbol, decidimos vivir de aquello que no es regalo. Renunciamos a la gracia y preferimos los méritos. Nos justificamos a nosotros mismos.

No sólo eso. En definitiva, al comer del árbol creemos a la serpiente. Y al creerle, la convertimos en una especie de divinidad, porque le damos un poder que no es propio. Significativamente, la pequeña serpiente del Génesis aparece como un gran dragón en el Apocalipsis. El ser humano la hace crecer cuando le cree, porque así adquiere un enorme poder sobre nuestras vidas: principados, potestades, dominaciones, diría el Nuevo Testamento. Los poderes, todos los poderes, son realidades que crecen precisamente porque prometen que pueden garantizar que, si las obedecemos, nos irá bien. Se alimentan de nuestra credulidad, de nuestro miedo,

de nuestra ignorancia de quiénes somos verdaderamente.

El salmo 51, como oración penitencial, pide que nos sustente un espíritu «generoso» (RVA) o «libre» (RV09) o «noble» (RV60) o «de poder» (LBLA). Todas esas traducciones de la palabra *ndibah* tienen algo de verdad. Se trata de que el Espíritu de Dios sustente nuestra vida, y no las cosas. Porque solamente sustentados por Dios, y no por los méritos de lo que hacemos ni por cualquier otra cosa, somos verdaderamente lo que somos, y sabemos verdaderamente lo que es bueno.

## Noticias de nuestras iglesias

### Marcos y Miriam

**Burgos** —El día 3 de Septiembre se casaron Marcos y Miriam. La ceremonia se celebró en el Monasterio del Espino, en Santa Gadea del Cid. Esta pareja representa el fruto de nuestra fusión, pues él es hijo de Javier Vallejo y Pilar Quintanilla (Comunidad Menonita) y ella de José Lozano y Merche Villahoz (Iglesia de la Calle San Francisco). La pareja vivirá en Madrid, donde Marcos ya está trabajando desde hace tiempo.



**Burgos, 12 de septiembre** — Este domingo se bautizaron tres personas en nuestra comunidad. Desde la izquierda: Lander, Fernando y Maribel. En la foto aparecen también la hija de ésta y el pastor Agustín.

Este año es, entonces, el primer año de un nuevo ciclo. Sin embargo para la gran mayoría de los estudiantes, que se han ido sumando a lo largo del ciclo anterior, todo sigue igual, con temas que son para ellos «nuevos». Hemos hecho pequeños retoques y cambios en la programación para esta segunda vuelta. Abordaremos algún tema que no se había dado hace cinco años, en sustitución de otros. En algún caso, hemos intercambiado temas con alguno que en la ocasión anterior se dio en el segundo año, pero ahora en el primero. También ha habido bastantes cambios en el personal que dictará los cursos en esta oportunidad:

**Introducción a la Biblia**, con Anto-

nio González, 15 de octubre.

**El arte de preparar un tema**, con Carolina Fitch, 19 de noviembre.

**Teología pastoral. Servir y renovarse**, con José Luis Suárez, 14 de enero.

**Introducción al Antiguo Testamento**, con Dionisio Byler, 4 de febrero.

**La conversión**, con Antonio González, 11 de marzo.

**Introducción al Nuevo Testamento (1ª Parte)**, con Sergio Rosell, 8 de abril.

**Talleres de comunicación**, con José Luis Suárez y Dionisio Byler, 13 de mayo.

Más información y matrícula en: [www.ceteka.org](http://www.ceteka.org)

### CTK inicia 6º año

**Madrid, septiembre** — CTK se complace en anunciar el inicio de nuestro sexto año de cursos de formación de líderes para nuestras iglesias. El programa de CTK consiste en siete cursos por año durante cinco años, al final de lo cual se vuelve a iniciar el ciclo. Los estudiantes pueden empezar en cualquier punto del programa y reengancharse cuando vuelvan a darse, a los temas anteriores que no cursaron.



## Diccionario de términos bíblicos y teológicos

**parusía** — La «presencia» o «llegada» del Señor, un evento descrito por diferentes autores del Nuevo Testamento como culminación de la historia.

La palabra tiene dos usos en el Nuevo Testamento griego. El más normal o corriente es como cuando usamos nosotros estas palabras — *presencia* o *llegada*— para hablar de cualquier persona cuando llega. Pablo puede hablar de su propia presencia (Fil 2,12) o de la llegada de Estéfanos (1 Cor 16,17).

Había también un uso más formal o político del término, para referirse a una real visita, la llegada del rey y la presencia de la corte en la ciudad mientras durase esa visita. En Burgos es famosa la Casa del Cordón, un palacio medieval donde estaba alojada la corte de los Reyes Católicos cuando compareció Cristóbal Colón tras su segundo viaje a América. Los reyes habían llegado antes a Burgos y es de suponer que esa llegada estuvo acompañada de toda pompa y fanfarria y procesión y boato.

El Nuevo Testamento, curiosamente, no contiene la expresión «Segunda venida» para referirse a la anhelada parusía de Cristo nuestro Rey. Aunque no cabe duda de que Aquel cuya llegada esperamos es el mismo Jesús que ya conocimos en Galilea y Jerusalén, nuestros autores no enfocaban su «llegada» como algo que sucedía otra vez, una segunda vez.

Tal vez esto se deba a que tampoco existe en el Nuevo Testamento un concepto muy desarrollado de la ausencia de Cristo, exceptuando aquellas horas cuando estuvo sepultado. Después de aquello Jesús aparecía y desaparecía y en una ocasión — narrada en Hechos 1— los discípulos vieron a Jesús ascender hasta las nubes. Entonces aparecieron unos «varones» que les dijeron que así como lo habían visto ir, regresaría. Diez días después, el día de Pentecostés, fueron llenos del Espíritu Santo y como puede atestiguar cualquiera que haya experimentado algo así, la presencia de Dios es entonces tan

impresionante y real, que de Cristo se puede decir cualquier cosa menos que está ausente.

Pablo podía utilizar la metáfora de Cristo como cabeza de la iglesia (y ésta como cuerpo de él) sin que ello comunicara la idea de un decapitado —la cabeza infinitamente lejos del cuerpo—. Todo lo contrario, la metáfora funcionaba porque los que oían leer sus cartas conocían perfectamente esa presencia continua del Señor resucitado en sus asambleas, que los guiaba y orientaba.

Hay sin embargo en diversos libros del Nuevo Testamento la idea de una «llegada» o presencia como algo nuevo, esperado y anhelado, algo distinto a la vida terrenal de Jesús y a la experiencia constante de Cristo en su iglesia: su parusía.

En las palabras de Jesús en el «pequeño apocalipsis» de Mateo 24-25, él habla de su parusía, la venida del Hijo del Hombre. No parece que sea algo inmediato: los discípulos quedan advertidos de que antes habrá tiempos de mucho sufrimiento y confusión —como efectivamente viene sucediendo en los siglos desde entonces—. Será tan inesperado como el diluvio en tiempos de Noé, pero el Hijo del Hombre llegará para reunir por fin a todos los suyos y traerles consolación. A estas indicaciones sobre la parusía del Hijo del Hombre, Jesús añade enseñanzas sobre el reinado de Dios. Es importante estar preparados. Y se está preparado tratando bien al prójimo y recordando que todo acto de compasión con cualquiera que sufra, es un acto de servicio al propio Jesús en la persona de los desafortunados. Jesús no lo olvidará.

En 1 Corintios 15 la parusía viene asociada a la resurrección. Jesús ha resucitado primero, pero con su parusía resucitarán todos «los que están en Cristo». Estos tienen en común con Adán la muerte, pero en común con Cristo la resurrección.

Pero donde más se explaya Pablo sobre la parusía es en las dos cartas a los Tesalonicenses. En la primera,

repite más o menos lo que vimos en Mateo: aguardamos con ardiente esperanza e impaciencia esta llegada, donde nos reuniremos todos a su alrededor —los que hayan muerto también, ahora resucitados— para recibir consolación y recompensa. (Pablo confía que recompensa y no reproches, depende de cómo vivamos hoy.) En 2 Tesalonicenses, sin embargo, como en Santiago, 2 Pedro y 1 Juan, los apóstoles parecen tener que contrarrestar una cierta impaciencia —hasta cansancio con la espera— que empieza a hacer mella entre los creyentes.

Es importante, entonces, no desear jamás de alcanzar a ver ese mundo de perfección, paz y armonía que llegará con la parusía de Cristo. Que esa visión nos sirva de acicate, como esperanza de un premio magnífico que tarde o temprano hemos de vivir. Entre tanto, lo nuestro es aplicarnos ahora y en esta vida presente e imperfecta, toda la sabia instrucción del Señor sobre la conducta que agrada a Dios y bendice al prójimo.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c/ Estrella Polar, 10  
09197 Quintanadueñas (Burgos)

**Director:** Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

[www.menonitas.org](http://www.menonitas.org)